El pug: la raza más bella.

artista: Francisco Ortiz
@franciscoortiz.t

por: Gustavo Maldonado

Es ese encanto inexplicable que poseen en general los pugs. Muestran una ausencia de angustia, un estado que ningún humano puede alcanzar, ni siquiera los que practican yoga en la azotea de un edificio de La Condesa.

Durante mi corta existencia he tenido tres perros: al primero lo nombré Billy, era un French poodle. Mi mamá le pegaba con el periódico cada vez que rompía algo hasta que un día se hartó de educarlo. Se supone que yo lo tenía que haber cuidado, pero a mis ocho años no podía ni cuidar mis cosas, así que se lo regalaron a mi abuela paterna. Tiempo después, Billy se escapaba continuamente de su hogar para formar parte de una pandilla de perros callejeros de la colonia. Lo último que supe de él fue que lo atropellaron. El segundo perro que tuve, se llamaba... no me acuerdo qué nombre le habré puesto. A la semana murió, nos los vendieron enfermo. Mis papás lo enterraron en un jardín, muy cerca del departamento donde vivíamos. Un día, se me ocurrió contarles a mis amigos sobre aquel perro que vivió sólo una semana y les mostré el lugar donde yacía muerto. Mis amigos tomaron unos palos y excavaron. Encontraron una bolsa de plástico y dentro de él: nada. Mis amigos me tomaron por un mentiroso. Por dentro, yo estaba aliviado. Le conté a mis papás sobre lo sucedido. Ellos estaban sorprendidos y me dieron la siguiente explicación: el perro se hizo cenizas y por eso no encontraron nada. Pero por el hecho de ser un niño, no querría decir que podían engañarme con sus teorías estúpidas. A la larga, ese recuerdo también se hizo cenizas y tuvieron que pasar 11 años para convencer a mi mamá de tener un tercer perro.

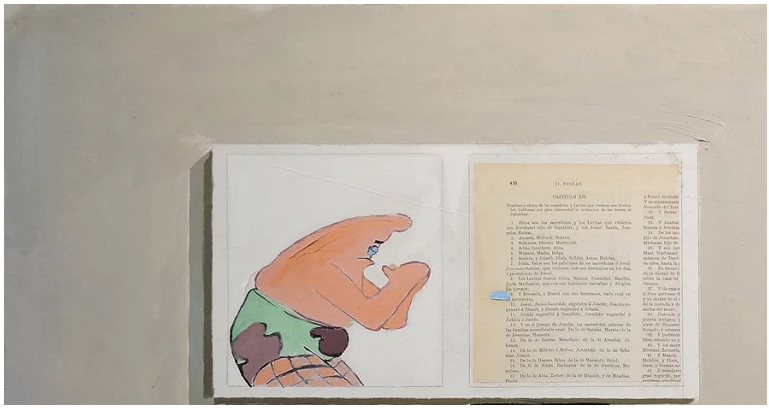
Mis amigos cercanos me preguntan cómo es que adquirí a Kenny, un pug de apenas dos meses y medio. Y les cuento que mi mamá lo compró a meses sin intereses utilizando una tarjeta de crédito. Kenny costó 10000 pesos. Un buen negocio, una buena inversión por tratarse de un ser vivo. Cuando lo conocí estaba en un aparador, detrás de un vidrio grueso, junto con otro perrito, al cual le estaba mordiendo su cola. En otros aparadores también había perritos, esperando ser vendidos. La tienda era un Petco, vendían, además de perros, pericos, lagartijas y tarántulas. Hace poco fui de nuevo a la tienda, pero ya no están los aparadores, sino que te piden enérgicamente que adoptes y no compres. En fin, la hipocresía. Por algún motivo, las grandes empresas se han teñido ideológicamente para convertirse en organizaciones ecológicas, o de una supuesta preocupación sobre la diversidad de género. Pero hay un fenómeno que me parece todavía más extraordinario y es la de brindar una experiencia al cliente. Ha sido bien

difundido (probablemente cuando esto sea leído un tiempo después, sea totalmente irrelevante para el lector) que en el Starbucks, lo que se vende, no es el café en sí (¡por fortuna! Es malísimo), sino que es la atención personalizada, el Wifi gratis, poderse sentar en una silla y platicar con amigas y hasta la posibilidad de realizar juntas de trabajo sin costo extra. Y muchas cafeterías han replicado este modelo de negocio. Los emprendedores, comúnmente, la clase media aspiracional, se les inyecta de una falsa motivación la cual es posible tener ese tipo de negocio siempre y cuando se tengan nociones básicas de finanzas y, por supuesto, una estabilidad emocional: no dejarse llevar por el pesimismo, detectar las relaciones tóxicas, la convicción de que puedes moldear tu destino, modificar tus pensamientos a través de neurofeedback, etc. Tal parece, que de algún modo inexplicable, ese discurso neoliberal se ha impregnado en el ciudadano promedio que habita en la ciudad y yo soy uno de ellos.

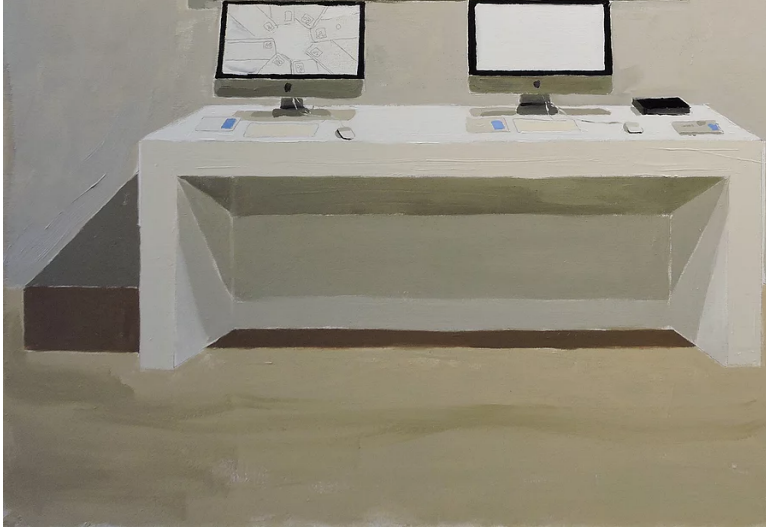
A menudo me dice Andrea, que mi perro Kenny tiene retraso mental. Entonces, lo miro con detenimiento. Kenny parece observarme, nos quedamos los dos en silencio durante cinco segundos, se me acerca y lame mi cara. Mueve su colita ¿qué quieres, Kenny? ¿Tienes hambre? ¿Salir al parque? ¿Oler colitas? La dieta de Kenny consiste en queso oaxaca light, jamón de pavo y en ocasiones especiales, come pechuga de pollo. También, suele comer nueces de la india y pan dulce vegano. Eso es todo lo que ingiere, ni es el perro que come croquetas ni es el perro que come de todo. Mi madre dice que Kenny no es un perro cualquiera; concuerdo con ella, es un perro especial. Si rastreamos su árbol genealógico (que Petco nos hizo el favor de brindarnos ese documento) sus padres y abuelos son ingleses. Entonces fantaseo con que el abuelo o el bisabuelo de Kenny haya pertenecido a algún poeta, a un cantante famoso, y que el pug de su compañía haya sido motivación de inspiración para sus poemas, sonetos o letras de canciones. Pero hasta la fecha, no he leído algo que tenga referencia con un pug. Sin embargo, recientemente he visto pinturas, grandiosas fotografías o ilustraciones de pug. Se ha popularizado durante los últimos años. Hasta hay personas que tienen un gran parecido a la anatomía del famoso perro chato. Recientemente, me encontré con una obra de Francisco Ortiz en Instagram donde expone una pintura que se llama: Franky durmiendo.Es hermosa. Se trata de un pug durmiendo en un sofá. Sin duda, aquella imagen refleja el hábitat natural de Kenny. Es ese encanto inexplicable que poseen en general los pugs. Muestran una ausencia de angustia, un estado que ningún humano puede alcanzar, ni siquiera los que practican yoga en la azotea de un edificio de La Condesa.

Es ahí cuando Andrea se equivoca en cuanto a decir que Kenny tiene un retraso mental. También, considero que aquel perro de mirada miope posee una sabiduría en extremo imposible de asir por la conciencia del ser humano. Kenny no requiere un dispositivo inteligente, un procesador de información: él es el procesador de información. En contraste, el ser humano ha encontrado sosiego y embrutecimiento mental en las tiendas Apple, el nuevo santuario de la posmodernidad (modernidad tardía, modernidad líquida, hipermodernidad o como se le quiera nombrar), donde los santos y las vírgenes ya no existen, más bien fueron reemplazados por el iPhone, Macbook, audífonos inalámbricos; los sacerdotes ahora se les dice asesor técnico y la confesión pasó a ser del orden público, el slogan implícito: todo es transparente entre el cliente y la empresa. La biblia ha sido sustituida por los manuales de usuario, por campañas de marketing y por páginas web que te muestran las innovaciones tecnológicas.

En otra obra de Francisco: Dorime; Cada cual en su misterio o Interior mexicano IX, se observa un stand de una tienda Apple y dos bellos monitores, que cualquier individuo puede obtener siempre y cuando se atenga al riesgo de endeudarse durante 36 meses. También se ve a Patricio rezando, cerrando los ojos haciendo referencia a esculturas o retablos que se encuentran en una iglesia. Del lado derecho, se encuentra la página de un libro, se alcanza a leer que se tratan nombres de sacerdotes. Por fortuna, Apple hizo de su religión, una entretenida y simple, en el cual, el creyente no tiene que recurrir a la memoria o a otra función cognitiva para comprenderla ¿quién



no ha visto a niños de 3 o 4 años viendo Youtube o adolescentes de 13 años subiendo sus bailes tropicales a Tik-Tok en su Iphone 12 plus? Ya no es necesario ir a clases de catecismo, de primera comunión, ni mucho menos realizar la circuncisión, en pocos minutos, cualquier individuo con un IQ promedio (y hasta de cualquier nivel socioeconómico) puede utilizarlo y acercarse. Apple, ha hecho de su imagen una mismidad: sus tiendas-santuarios, su mobiliario, sus productos, y hasta los asesores técnicos, están uniformados de la misma manera. Personalmente, cuando yo llego a una tienda Apple, ya ni siquiera veo el nombre de la persona que me ayuda a escoger un producto, me da igual que se llame José, María, o Caín. El mexicano, para fortuna de los detractores de la religión católica, tiene otra posibilidad de manifestar su creencia a partir del auge -para algunos es la decadencia- del capitalismo neoliberal. Y muchos me han contado su gran sueño de ir a la Meca de Apple, ese gran cubo transparente que está en Nueva York esperando a creyentes de todo el mundo para venerar y comprar, aunque sea, un accesorio de 20 dólares. Es cuando observo de nuevo a Kenny, y recuerdo el día que lo llevé a un santuario de Apple en Masaryk. Para sorpresa de todos los presentes, no dudó en mear en la esquina de un stand, su chorro de pipí estuvo a punto de caer en la pantalla de un Ipad. Pero yo ya sabía cuál era su intención real: que efectivamente algunas gotas de su preciado oro líquido cayeran en la pantalla como una forma de protesta ante aquella religión insulsa que apacigua los sentidos de los humanos y que nos hace autómatas, no-pensantes. No deberíamos despreciar a la raza pug, que en su aparente idiotez, en realidad esconden las más interesantes reflexiones filosóficas. A veces, Kenny se manifiesta en mis sueños y solemos tener las conversaciones más enriquecedoras que cualquier pensador contemporáneo que haya escrito. Es cuando caigo en cuenta, el pug es la raza más bella, la raza que logra llevar lo bonito a un nivel metafísico.



ESCRITO POR:
Gustavo Maldonado

TAMBIÉN CHECA

Nómada / Manifiesto

El tercer mundo y las cosas bonitas

Arte & cotidianidad

Las cosas "bonitas" de hoy

Samara Colina

Siempre fuego